

Entrevista a José Quereda Sala: Medio siglo de la geografía de La Marina

Pablo GIMÉNEZ FONT

El profesor José J. Quereda Sala (Mutxamel, 1945) inició en 1970 una investigación que le llevaría a obtener el título de Doctor en Geografía por la Universitat de València tan sólo tres años después. Su hipótesis de trabajo era sencilla en su planteamiento, pero de una enorme ambición en su ejecución, que fue particularmente eficiente al realizarse en tan escaso periodo de tiempo. La tesis fue dirigida por el geógrafo Vicenç Rosselló i Verger, beneficiándose de una exclusiva beca del Ministerio de Educación y Ciencia para la formación de profesorado y personal investigador. Posteriormente, el trabajo fue premiado por el Instituto de Estudios Alicantinos de la Diputación de Alicante, lo que permitió su publicación –con datos actualizados– en 1978.

A partir de ese momento, *Comarca de La Marina, Alicante. Estudio de Geografía Regional*, se convirtió en un libro fundamental para el conocimiento de La Marina Baixa –incluyendo a Calp, Benissa, Teulada y Moraira– y en el primer estudio integral sobre este singular territorio. Repasar su índice permite comprobar la intención totalizadora de este tipo de trabajos de geografía regional: a lo largo de sus 430 páginas encontramos un valioso y brillante estudio de geografía física, en el que el relieve, el clima, las aguas y la vegetación son analizados desde un punto de vista integrador, pese a la complejidad de los mismos y la falta de datos y estudios previos de los que adolecía la comarca en aquellos años. A continuación, se suceden capítulos de orden económico (los sectores productivos y la estructura de la propiedad agraria), demográfico (la evolución de la población desde el siglo XV), urbano e incluso antropológico (el hábitat rural, la casa popular), que vienen a organizar un completo análisis de geografía humana. Entre ambas perspectivas, de modo transversal, el concepto de paisaje subyace en cada uno de los apartados como elemento compilatorio del secular impacto de la actividad humana sobre el territorio.

Se trató, así, de una aportación inédita no solo por su visión integradora, sino porque la mayor parte de los temas tratados eran, en su mayor parte, desconocidos. El trabajo hay que contextualizarlo en una serie de tesinas de licenciatura y tesis doctorales que, desde las universidades de Valencia y Murcia –siguiendo el magisterio de los profesores López Gómez y Rosselló Verger– cumplieron con la necesidad de estudiar la realidad territorial –

física y humana- del País Valenciano. Cumplido este objetivo iniciático de los que algunos autores han llamado la Escuela Valenciana de Geografía¹, estos jóvenes doctores, profesores de universidad, fueron especializándose en diversas materias. José Quereda Sala no ha dejado nunca de trabajar desde la visión integral de un geógrafo completo, con diversos estudios centrados, sobre todo, en la provincia de Castellón. Pero su labor científica ha sido reconocida a nivel internacional en el campo de la climatología y, concretamente, en el estudio del cambio climático. Actualmente es profesor emérito y catedrático en la Universitat Jaume I, donde dirige el Laboratorio de Climatología de dicha institución.



José Quereda Sala en la Universitat Jaume I (Periódico Mediterráneo)

Licenciado en Filosofía y Letras en la Universitat de València, con grado en la sección de Geografía e Historia, realizó su memoria de licenciatura sobre la geografía agraria de Polop y La Nucía². Durante muchos años la geografía y la historia eran estudios universitarios conjuntos y muchos alumnos con interés en la historia descubrieron la geografía en las aulas y decidieron optar por esta disciplina. ¿Fue su caso? ¿Qué le motivó a ello?

Sin duda alguna, la gran personalidad del Profesor Dr. Antonio López Gomez, catedrático de Geografía y su equipo en la Universidad de Valencia. Todavía

1 Ramiro i Roca, E. (2002): *Aproximació a l'Escola Valenciana de Geografia*. Madrid: Biblioteca Nueva - Universitat de València, 260 pp.

2 Quereda, J. (1971): "Polop y La Nucía. Aportación al estudio de La Marina", *Cuadernos de Geografía*, 9: 179-200.

recuerdo con profunda emoción aquel momento, en los finales del curso 1969-1970, cuando en el claustro de la Universidad-Estudio General de Valencia y frente al conjunto escultórico de Juan Luis Vives, D. Antonio, el "Geógrafo", se me acercó preguntándome si quería acompañarle a tomar un café. Verdaderamente no recuerdo si asentí de palabra o de obra, pero ahí empezó todo. Pocos días después, en su domicilio de Micer Mascó, ya nos adentrábamos en el estudio de la Tesina o tesis de licenciatura sobre la Geografía de Polop y La Nucía, dos municipios de La Marina. Eso sí, ello requería que previamente completara mi formación académica con la asistencia al Curso de Trabajos de Campo que la Universidad de Valladolid organizó en Aguilar de Campoo durante el mes de julio de 1969. Una excelencia formativa que, dirigida por el profesor García Fernández, seguía el método y objetivos de la Interuniversitaria francesa del Dr. J. Tricart. Así que allí fui acompañando al Dr. Gil Olcina.

Aquellas tesis regionales, una vez publicadas, se convirtieron en elementos esenciales para conocer la realidad del territorio valenciano...

Sin duda alguna que así ha sido, tanto con la publicación de las mismas como con su divulgación a públicos más amplios como realizó la Geografía y Guía Salvat. Sin embargo es preciso resaltar que esta apreciación sobre los estudios regionales ha sido la auténtica Caja de Pandora de nuestra disciplina científica. Ya en aquellos momentos había quien se preguntaba si tenía sentido una tesis regional en vez de la especialización. Una discusión verdaderamente estéril y que ignoraba que la Geografía tiene esa doble vertiente: la Geografía General y la Geografía Regional que trata de aplicar la anterior dentro de un espacio determinado. Un carácter y naturaleza regional que acompaña a la Geografía desde sus grandes fundadores: Ritter y Humboldt. Carácter que es reafirmado por la escuela francesa de Vidal de La Blache.

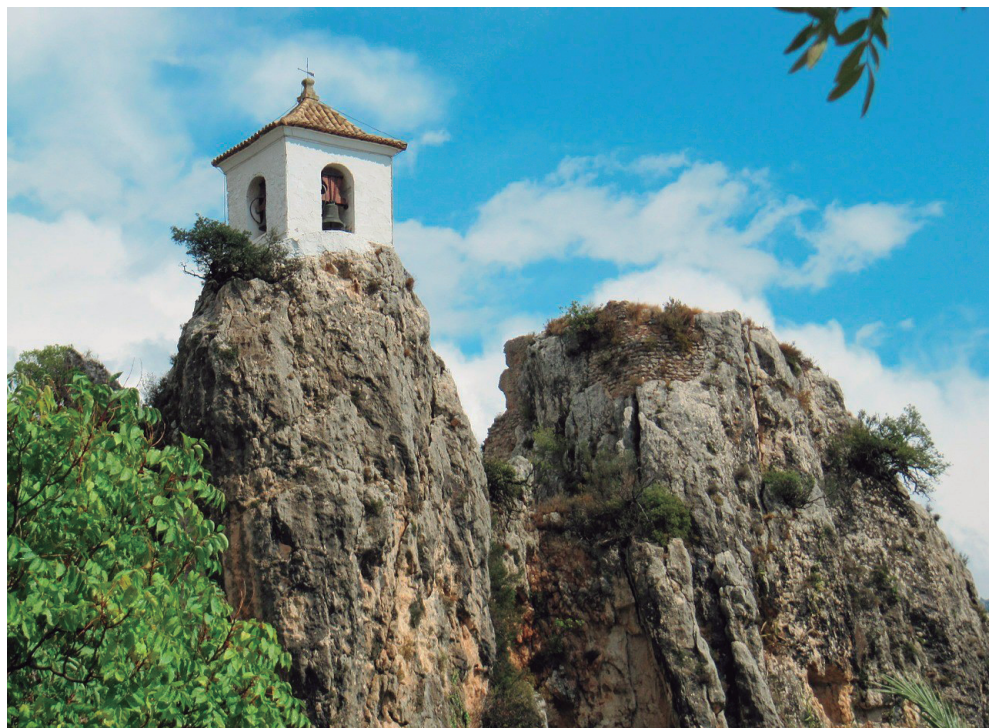
Precisamente, la gran influencia de esta escuela francesa en la formación de los geógrafos españoles de aquellas promociones llevaba a considerar que la región geográfica era la región física. Una consideración que no implicaba, en absoluto, negar la necesidad de especializarse en el estudio de los diversos contenidos de la Geografía General, pero siempre para aplicarlos a la región, que, como porción del espacio terrestre, era el auténtico objeto de la ciencia geográfica. Una esencia que ha venido a reafirmarse con el desarrollo reciente de la Geografía Aplicada o campo de acciones concomitantes de los diversos elementos de la Geografía General. Elementos cuyo estudio especializado es necesario ante el discurso de Pascal: "Puesto que no puedo ser universal y saber todo lo que se puede saber de todo,

quiero saber poco de todo; porque es mucho más hermoso saber algo de todo que saberlo todo de una cosa”.

Esta excelente terapéutica sirve para que el edificio geográfico no estalle ante las especializaciones. Yo mismo comenzaba, poco después de terminar la tesis, con mis estancias y experiencias de gelifracción de calizas en la Universidad de Caen, bajo la dirección de A. Journaux. Todavía recuerdo la cara de asombro de los controladores de la Guardia Civil en el aeropuerto de Valencia explicándoles que eran aquellos pequeños cubos de caliza que traía en el equipaje.

La tesis era absolutamente coral, desde el análisis del relieve hasta el estudio de la casa popular, todo ello sin una base bibliográfica potente o, en ocasiones, totalmente inexistente. ¿Cómo afrontaba un joven licenciado tan ingente trabajo?

Esta trascendente interrogante es la que me llevó, como primera atalaya de visión, a volver a situarme en el Castell de Guadalest, frente a la peña del “Cullerot”, a 600 metros de altura y sobre el embalse. Si, allí, delante de mí, estaba la comarca de La Marina, el frente marítimo con que las últimas estribaciones del sistema subbético se hunden en el Mediterráneo. Un paisaje impresionante capaz de cautivar y emocionar a cualquiera.





Desde el nidal de águilas de Guadalest se divisa un paisaje impresionante capaz de cautivar y emocionar a cualquiera.

Sin embargo, esa misma visión me suscitaba, ante el objetivo de estudio, una gran preocupación. ¿Cómo poder adentrarme en aquel dominio físico que aparecía, en gran parte, como “terra ignota”? Ciertamente que tenía gran documentación histórica. Allí mismo estaba junto a la casa de los Orduña, procuradores y alcaides del Marquesado de Guadalest y epicentro de las revueltas moriscas contra los decretos de bautismo y expulsión. Incluso había documentos sobre los sangrientos episodios históricos que allí se vivieron. No faltarían fuentes del estudio histórico. Sin embargo, el medio físico carecía de esas fuentes. Apenas habían comenzado a matraquear las prensas y linotipias con las interpretaciones de Paul Fallot sobre las cordilleras béticas, así como las memorias del IGME dirigidas por J.M^a Rios y Dupuy de Lôme, junto a las observaciones geológicas de Darder Pericás, únicos textos básicos. Poco más al margen de algunas observaciones de viajeros y de estudios generales como los de Solé Sabaris, López Gómez y Rosselló Verger sobre el litoral valenciano.

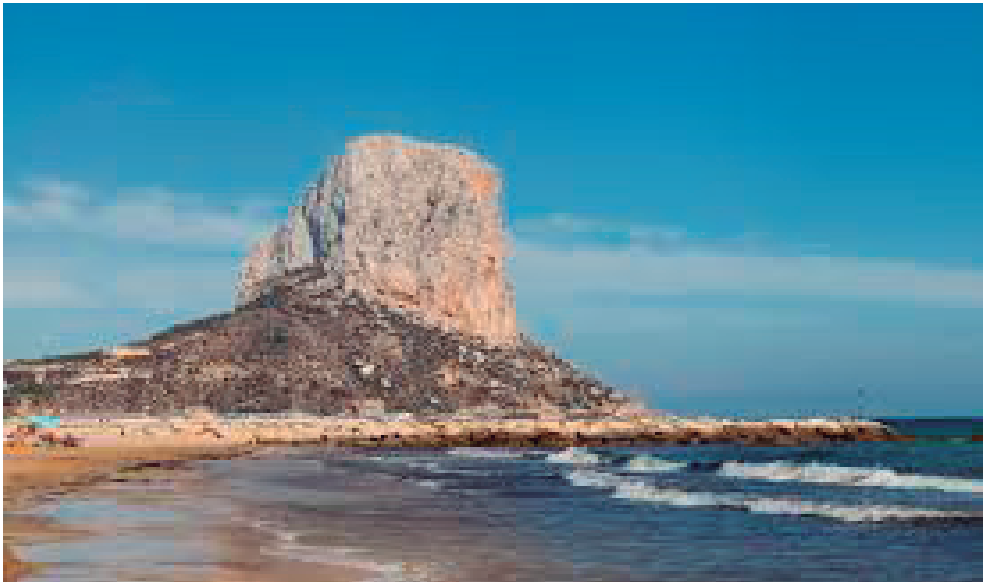
Este era el horizonte que debía alcanzar. La logística metodológica no podía ser otra que la metodología regional de Paul Vidal de La Blache. La región era el auténtico objeto de estudio de la Geografía. Para él la región era el crisol donde tienen lugar las relaciones entre fenómenos físicos y humanos. Aquí volvía a aparecer el problema, en el conocimiento de los factores físicos que constituían el soporte de la comarca de La Marina. Un conocimiento para el que me resultó fundamental las enseñanzas recibidas en el Curso de Geomorfología que durante el mes de julio de 1969 había realizado en Aguilar de Campoo. La abundante cartografía geomorfológica estudiada sobre el terreno cada día, a lo largo y ancho de

la Cordillera Cantábrica, y sistemáticamente repasada con el Dr. Gil Olcina todos los días antes de la cena en el Hostal Valentín, fueron la metodología para alcanzar una comprensión del medio físico de la comarca de La Marina. Un medio en el que si bien en su parte norte, sinclinal de Calpe-Benisa, la estructura era todo, las formaciones diapíricas y las coronaciones “turonenses” (Puig Campana) eran el escenario de la mayor parte del solar comarcal. Una formación caliza que D. Jesús García Fernández no paró de reiterarme, por alicantino, en los ascensos a las Loras y que formaban, al sur de Bernia, un extenso y complejo relieve surcado en sus líneas de debilidad por los valles del Sella-Amadorio, Guadalest y Algar. Todo ello se abría en un amplio frente marino de 66 km entre el Cap de Moraira y el barranc de les Coves extremidad de La Vila, en una alternancia de ásperos cantiles y playas más o menos extensas, enfrentadas a pintorescos relieves como el eocénico Peñón de Ifach y el islote de Benidorm o pintorescos abrigos excavados en las formaciones dunares fósiles o “toscas”, como el Portet de Moraira o la Cova de la Sendra. Cierto que asustaba el cometido, pero he de confesar que a mi lado estaba mi esposa que, durante cuatro años, mostró el mismo o mayor entusiasmo que yo ante el recorrido y estudio de una comarca tan espectacular en su medio y en sus gentes.



Formaciones dunares “eolianitas” consolidadas sobre las que se construyó el fortín de Moraira en 1742. Destruído por los ingleses en 1801, fue donado en 1968 a la Diputación de Alicante (J. Quereda).

Geológicamente, a nivel estratigráfico, el Trias representaba la barrera entre lo conocido y lo ignoto en la comarca. La influencia de la masa arcillosa del Triásico ha sido decisiva en la tectónica comarcal. Su papel de superficie plástica o lubricante entre sedimentos más rígidos ha permitido los despegues y deslizamientos de paquetes sedimentarios suprayacentes, como el espectacular Peñón de Ifach. Unos paquetes entre los cuales destaca el Turonense que con potentes espesores atestiguan que la comarca de La Marina formaba parte de la gran fosa Bética. Fosa que posteriormente comienza a experimentar variaciones de fondo como precursoras de la actividad orogénica que va a sobrevenir a comienzos de la era terciaria. Sobre la comarca van a converger dos orogenias de distinta dirección. La resonancia pirenaica, de dirección E-W y especialmente los pliegues béticos de dirección SW-NE. En la encrucijada de ambas direcciones se produjo la gran zona de debilidad y fracturas.



Peñón de Ifach, símbolo de La marina.

Los procesos isostáticos y diapíricos van a poner fin a la tectónica estructural iniciando la tectónica morfológica. A estos procesos se debe, en gran parte, el relieve actual. Las fuerzas dejan de ser tangenciales para convertirse en verticales mediante las que los distintos bloques buscan su acomodo en el nuevo ámbito creado por los plegamientos alpinos. La cuenca septentrional de Calpe inicia un hundimiento y con ello una presión sobre el Trias subyacente que se extravasa hacia las formaciones diapíricas del sinclinal de La Marina, dejando tras de sí el anticlinal de

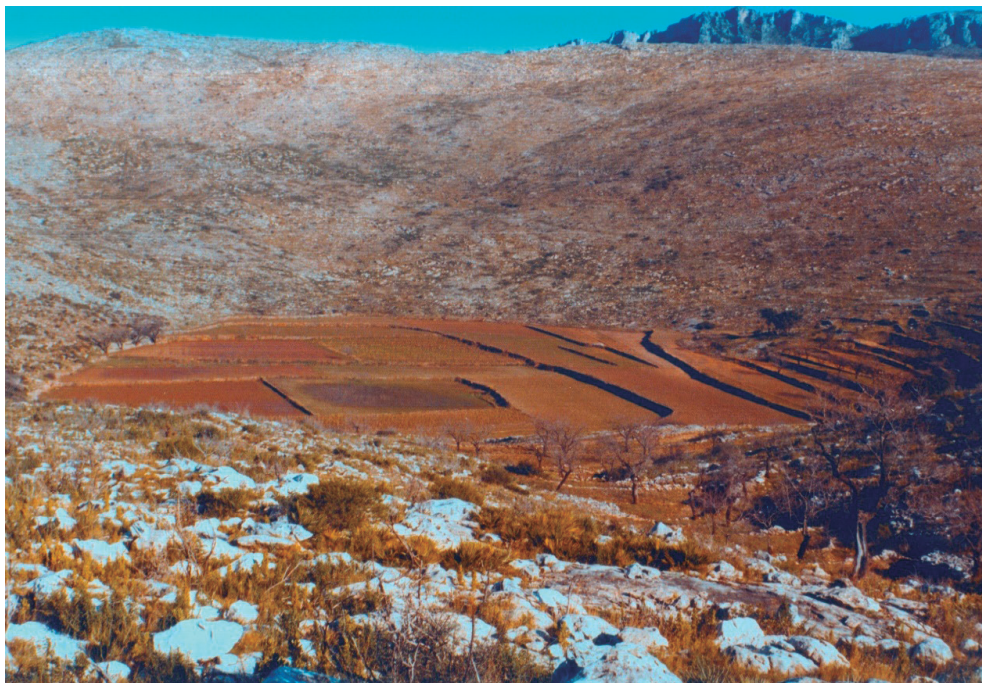
Bernia a lo largo de más de 25 Km. Ya en el sinclinal, las masas calizas que descansan sobre el Trias plástico se despegan del substrato lubricante y aislados por la erosión posterior quedan como macizos flotantes. Así, al sur de la dorsal de la Sierra de Bernia, aparecen los macizos aislados de Aitana, Aixortá, Almedia, Serrella, Ponoig, Puig Campana y, ya hundiéndose en el Mediterráneo, la Serra Gelada.



La gran fractura tectónica entre la Serra Gelada y el Peñón de Ifach.

Ello ha determinado que los rasgos físicos de la comarca presenten una gran juventud. La isostasia y el diapirismo parecen continuar hasta nuestros días. Desde el mismo Puig Campana el territorio desciende hacia el mar. Esta extensa superficie de glacis aparece configurada por los grandes cambios climáticos acontecidos durante la era Cuaternaria. Las distintas fases fluviales de excavación y sedimentación aparecen bien marcadas, especialmente en el curso medio y bajo del Algar-Guadalest. En conjunto toda la topografía muestra un estadio juvenil con valles encajados y potentes interfluvios en los que la dureza de las rocas marca los relieves diferenciales. Una calidad de rocas que ha permitido labrar notables formas de erosión cárstica. La más impresionante de ellas puede observarse en el término de Castell de Castells, en el paraje denominado de La Llacuna. Allí, a 750 metros de altura, la disolución de las calizas turonenses ha labrado

un auténtico y grandioso “poljé” con una profundidad de 70 metros y 20.000 metros cuadrados de extensión. En su centro aparece el “ponor” o sumidero de las aguas que allí se recogen.



La “Llacuna” en el término de Castell de Castells (J. Quereda).

Sin embargo, donde más dinámico se mostraba el proceso morfogenético de aquellos años de comienzos de la década de 1970 era en la morfología litoral. Ello a pesar de que la acción de la dinámica marina y sus corrientes paralelas a la costa tiene una débil influencia en el modelado litoral. Los cabos de San Martín, San Antonio y La Nao son tres grandes contrafuertes para los embates marinos. Los grandes espejos de fallas de Morro de Toix, Cap de Moraira y de la Serra Gelada en Benidorm así lo evidencian. Esta última no es más que el flanco oeste de un anticlinal sumergido en el mar por falla. Una falla de edad reciente como atestiguan las costras calizas cuaternarias adosadas al pie del acantilado y que en el Rincón del Albir caen al mar desde más de 100 metros, por el socavamiento del oleaje, tras permanecer mucho tiempo formando cornisas. Unos procesos que son constantes en los frecuentes fragmentos de playas levantadas de tosca y formaciones dunares como en el Portet de Moraira y el mismo Cap Negret, junto a los pitones ofíticos que avalan la gran profundidad y actividad del diapiro comarcal.

Sobre este complejo y espectacular soporte geomorfológico de la comarca, los factores geográficos y atmosféricos han venido a determinar un clima y unas aguas de no menor complejidad y espectacularidad. Ambos elementos, constitutivos del medio comarcal, podían ser estudiados mediante los registros meteorológicos del Instituto Nacional de Meteorología y los de la Confederación Hidrográfica del Júcar. Bien que ya los habíamos sentido en nuestras largas estancias y recorridos territoriales.

El clima era el típico mediterráneo, netamente cálido y con una gran suavidad invernal a causa del papel termostático de un mar cuya superficie invernal no descendía de los 12-13 °C. El régimen anual, bien marcado en Benidorm, oscilaba entre los 27 °C estivales y los 13 °C invernales. Tan sólo la dualidad costa interior marca un contraste entre los 19,0 °C de media anual Benidorm y los 18,1 °C de la Vila a los 9 °C de la cima de Aitana a 1.497 metros. Callosa de Ensarriá, a 247 metros de altitud, ya registraba 17,4 °C. Sin embargo donde esa dualidad costa interior se marcaba con fuerza era en las precipitaciones. Las mínimas, acusando la sombra pluviométrica de Aitana, se registraban en Relleu, Sella, la Vila y Benidorm, con tan sólo 300-344 mm anuales y las máximas se registraban en Tárben con 858 mm y Aitana con 974 mm. Todo ello dentro de un régimen donde la máxima otoñal de octubre contrasta netamente con la sequía atroz de los meses estivales. Así, dentro de los observatorios comarcales, frente a una media anual de 21 días de precipitación en Sella y Benidorm, Bolulla registraba 63 días. De ese total anual mientras que en Bolulla, julio y agosto tienen 2-4 días de lluvia, Benidorm tan sólo presentaba 0,1 días de lluvia mensual. Este caso extremo deriva de que en la serie entre 1954 y 1968, Benidorm registró 7 años consecutivos sin precipitación alguna en ese mes. Un dato que permitía que algunos hoteles de Benidorm pudiesen incluir, en sus folletos de propaganda, la cláusula de que en todo día de julio, cuya precipitación fuese superior a 0,2 mm, no sería facturado el alojamiento. Unas cifras medias que no esconden la aparatosidad en la concentración de aguaceros. En el mes de octubre, la precipitación podía concentrar entre el 50 y el 65 % del total anual.

Estos formidables aguaceros eran, sin duda, los responsables del régimen fluvial de la comarca. Un régimen marcado por el factor tiránico del clima representado por la escasez de recursos de agua. Por ello, no existen verdaderos cursos fluviales. Tan sólo ramblas mediterráneas cuyos ejes más acusados son el río Algar, el Guadalest y el río Amadorio. Tan sólo el río Algar alcanzaba un módulo superior a 1 m³/s aguas debajo de su espectacular nacimiento en la Sierra del Carrascal. Unas aguas escasas cuya sal-

vaguarda ha constituido la tenaz lucha histórica por el mejor aprovechamiento de esos recursos para una agricultura esperanzada con elevada fotosíntesis y buenos suelos y especialmente para un desarrollo turístico en gran expansión a partir de 1970. Una lucha que tras el embalse histórico de Relleu, entre los siglos XVII y XVIII, había cristalizado en los recientes embalses de Sella-Amadorio y de Guadalest.



Cola de caballo del río Algar aguas debajo de su espectacular nacimiento

El trabajo de campo es fundamental en la investigación geográfica. ¿Cómo se organizaba? ¿Conserva todavía el archivo fotográfico de aquellos intensos años de trabajo?

Tan fundamental por cuanto que ese trabajo de campo, casi palmo a palmo, era el único laboratorio que solíamos tener los geógrafos. La observación de cuanto observábamos sobre el territorio y solíamos “escanear” con nuestras cámaras fotográficas. Imágenes que eran objeto de minuciosos análisis y verificaciones posteriores. De ahí que haya conservado, con mucho afecto, estas visiones de La Marina de 1970-1974. Todo ello a través de un constante recorrido territorial que básicamente implicaba todos los fines de semana alternativos durante más de tres años, compaginando docencia e investigación. Las estancias invernales generalmente las hacíamos en la hostelería de Benidorm, mientras que durante el verano,

los precios nos llevaban a Polop de La Marina. Una rutina de hospedaje que tan sólo se interrumpió a consecuencia de una colosal tormenta que nos descargó mientras estábamos en los altos calcáreos de Confrides. Siempre recordaremos con vivo agradecimiento que, ante la ausencia de hospedaje alguno, una familia nos acogiese piadosamente. La convivencia posterior durante tres días fue francamente familiar y provechosa.

Uno de los aspectos más relevantes del libro se encuentra en el capítulo del análisis demográfico histórico. Posiblemente fue el primer investigador en visitar y analizar los archivos parroquiales de la comarca ¿qué nos puede contar de aquella experiencia?

Desde luego que era la primera vez que se recogían los datos del movimiento natural de la población. Los “quinque libri” parroquiales permiten verificar los principales acontecimientos históricos que afectaron a la sociedad comarcal. Tanto las cuestiones bélicas como los períodos de hambrunas y epidemias aparecen perfectamente reflejados en ese registro de la natalidad y mortalidad. Las epidemias de viruela en el siglo XVIII, con su especial incidencia en los “albats” y, ya en el siglo XIX, las sacudidas del cólera a partir de 1830, son muy expresivas en el número de defunciones comarcales.



Riu-rau en Teulada (J. Quereda)

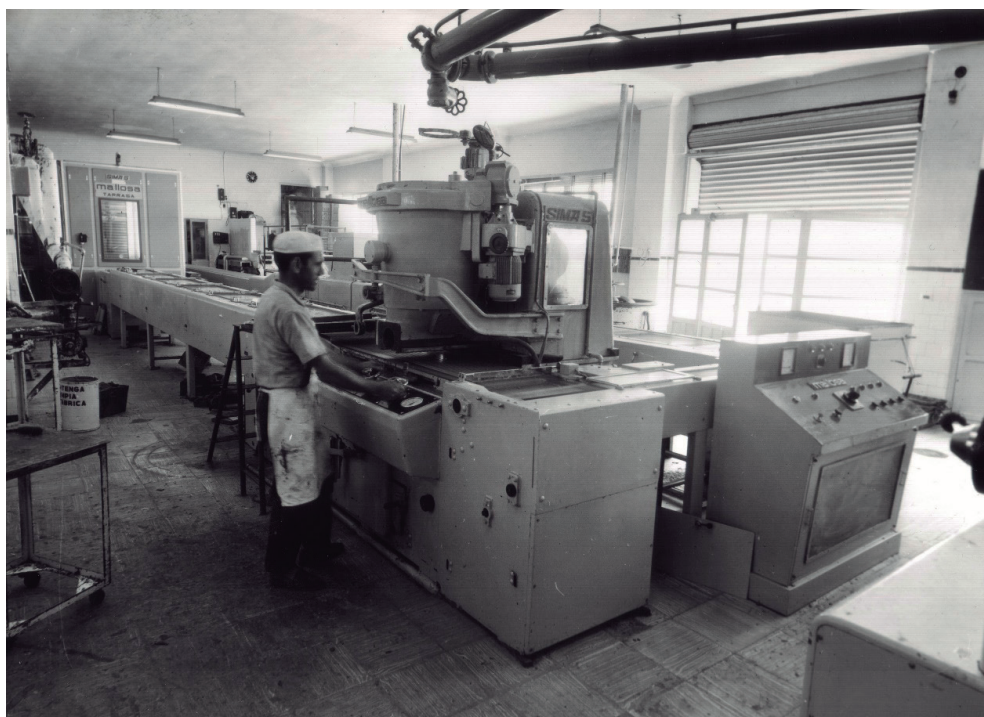
Como en tantas otras materias, su aportación fue la primera en analizar el clima de la comarca. Posteriormente, usted se ha convertido en uno de los grandes climatólogos españoles. ¿Cómo valora, en perspectiva, aquella aportación?

El clima había comenzado a aparecer como el factor esencial del medio comarcal. De mis orígenes en la huerta de Alicante, Muchamiel, tenía presente que la mayor parte de las horas de vigilia del extenso sector agrario las ocupaba la preocupación por la lluvia. No era menos en la comarca de La Marina. Las reiteradas sequías y falta de agua eran el gran factor tiránico de una agricultura que ocupaba a casi un 40 % de la población activa y representaba el sustento básico de la misma. Unas 7.000 Has regadas de un total de 30.000 labradas constituían un sector importante del sector agrario. La tenaz lucha por el máximo y más eficaz aprovechamiento de los caudales estaba encabezada por una Confederación Hidrográfica del Júcar que en el mismo casco antiguo de Benidorm tenía instalada una gran delegación técnica. Un gran campo de actuaciones, presas de regulación (Guadalest y Amadorio), canales de riego: Canal Bajo del Algar, Canal de Union Algar-Callosa, Riego Nuevo de Altea, Pila y Cap Negret, Riego Mayor de Altea, Riego Mayor de Relleu, del Esperit Sant en Callosa y el histórico Rec Major de l'Alfas, instituido en 1666 por la baronesa doña Beatriz María Fajardo. donde el agua y su propiedad son independientes de la tierra. Un riego que recientemente ha merecido un riguroso y especializado estudio de los profesores Gil Olcina y Rico Amorós.

Todo ello estaba presidido por un clima, que si bien se mostraba tiránico en cuanto a las precipitaciones, iba a ser, por el contrario, un factor decisivo en las transformaciones paisajísticas y sociales que la comarca iba a experimentar en aquellos años con su eje en la actividad turística. El estudio del mismo ya contaba con algunas fuentes y materiales para mejor comprender su dinámica. En su base disponíamos de diez observatorios meteorológicos de pluviometría, incluido el de Aitana que comenzó en 1970, con registros a 1.447 metros de altitud. En temperatura tan sólo disponíamos de cuatro observatorios Benisa, Callosa de Ensarriá, Benidorm y Villajoyosa, que con método de reducciones nos permitieron reconstruir un período de 25 años. Ese período 1943-1968 ya contaba con las series completas de lluvia en Benisa y Callosa de Ensarriá, que unidas con las observaciones de Altea, Benidorm, Bolulla, Relleu, Sella, Tárbenas y Villajoyosa, permitieron caracterizar el régimen pluviométrico comarcal y su dinámica. Una dinámica para la que comenzábamos a disponer de datos en la temperatura superficial del mar y la información técnica del Instituto Nacional de Meteorología, además de un laboratorio con MUFAX (radiofacsimil) y recepción de Meteosat y NOAA merced a la ayuda de Petromed y la asistencia técnica del INM.

La década de los 70 fue una época de contrastes, en pleno proceso de cambio y de inercias. Por ejemplo, pudo ver la convivencia entre el proceso de mecanización en el campo y la presencia importante de animales de labranza; el paisaje agrario tradicional y el desarrollo de los nuevos cultivos. Igualmente, conoció la carpintería de ribera con una actividad todavía aceptable.

Efectivamente que pude ver a las “rederas” en plena actividad, así como a los focos industriales del mueble en Benisa y del chocolate en La Vila. Actividades que han logrado superar con éxito los grandes cambios que la comarca va a experimentar en la década de los años setenta. Así se puede decir que a principios de esa década, la comarca era, con vivo contraste, un dominio agrícola esperanzado y un incipiente destino turístico internacional. Un hecho, este último, que comenzaba a galvanizar rápidos cambios en la estructura y la vida comarcal.



*El capital local pudo seguir modernizando el sector de fabricación de chocolates en La Vila.
Detalle de la fábrica Valor en 1972 (J. Quereda).*

El mismo sector primario, todavía con más del 40 % de la población activa comenzó a acusar esos cambios. El sector pesquero con un 5 % del primario comienza a reducir su importancia, así como las cuatro ayudantías de

marina centradas en los puertos de Villajoyosa, Benidorm, Calpe y Altea. Exponente de esa decadencia es el cierre, en 1955, de la almadraba de Benidorm sita en el Racó de l'Oix. Estábamos ante los grandes efectos del turismo que barría completamente de la vida en el mar a aquellos que fueron los más famosos pescadores de almadrabas mediterráneas durante las centurias pasadas.



Puerto de Altea en 1973 (J. Quereda)

Un barrido que se iba extendiendo por todo el territorio comarcal cambiando su fisonomía y sistema socioeconómico. La agricultura a tiempo parcial se iba extendiendo paralelamente al éxodo rural. El sector terciario alcanzaba ya un 30 % en 1970, y el secundario, básicamente la construcción turística, otro 30%. Unos cambios que se inician en los años cincuenta y que pueden situarse, sin negar antecedentes en pos del clima, en la llegada de numerosos alemanes tras la segunda guerra mundial y que inician la compraventa de solares en Benidorm, todavía un tranquilo puerto pesquero. El proceso turístico es rápido, si en 1955 tan sólo se constataba la construcción de alguna vivienda y menos de 10 apartamentos, a principios de la década de 1970 se construyen, tan sólo en Benidorm, más de 4000 apartamentos anuales. No hay plan de actuación urbanística que pueda

seguir ese ritmo. Al mismo tiempo la capacidad hotelera de la comarca representa más de un 75 % del total de la oferta en la Provincia de Alicante. Benidorm, con el 80 % de la oferta comarcal, se erige en foco de irradiación de los trascendentales cambios que se estaban produciendo.



Benidorm, rincón y playa de levante en 1973 (J. Quereda)

Cuando vuelve sobre estas tierras, ¿reconoce a La Marina?

Me sería imposible reconocerla de no haber estado en contacto frecuente con ella, al menos en la zona costera. Las raíces familiares en Alicante y Muchamiel han sido el motivo de constantes visitas. Durante muchos años mis hijos me exigían visitar la fábrica de chocolates de la Vila donde la atención de la familia Valor era exquisita. Igual acontecía con la visita al Peñón de Ifac, en cuyo parador actuamos circunstancialmente en el rodaje de una película. Un peñón que servía de marco, muchos atardeceres, para degustar el “ranchet” o redescilla de pescado cuya compra efectuábamos en el pequeño varadero natural de Moraira. Un pequeño varadero o Portet de Moraira que traté de volver a ver en el verano de 2018. Difícil tarea por cuanto que nadie sabía de que les hablaba. Afortunadamente me presentaron a la dueña de la cafetería que existe hoy frente al puerto y lonja pesquera, que me hizo saber que estaba exactamente sobre ese “portet”.

Esta última experiencia me permite agradecer la inestimable ayuda que fui recibiendo de muchísimas personas y sin la cual no hubiese sido posible realizar el estudio comarcal. Secretarios de cámaras agrarias, patronos mayores de las cofradías de pescadores, operarios y empresarios industriales, párrocos de los 23 municipios y cientos de personas que continuamente nos fueron allanando el camino e incluso acogiendo en sus casas cuando las “gotas frías” nos dejaban en pleno diluvio . Y de entre esas personas no quiero dejar de resaltar mi agradecimiento al Dr. Rosselló Verger, director del trabajo, cuya minuciosa dirección me servía de parapeto para cualquier error, así como a quienes figuran en la dedicatoria del libro, “Comarca de La Marina”, mis padres José y Loreto y a mi esposa, Paquita Vázquez, constante y entusiasta compañera en esos cuatro años de recorrido sobre el solar de La Marina. Un recorrido para la realización de esa Tesis Doctoral sobre la comarca de La Marina que ha sido uno de los grandes regalos que me ha dado la vida.

